

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Victor M. Molina
Por la Facultad

Juan Girelli
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet

José H. Porto

Por la Facultad

Francisco M. Alvarez

Amadeo P. Barousse

Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto

Alfredo Bonfanti

Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

FEBRERO DE 1933

SERIE II, N° 139

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Giorgio Mortara

Problemas económicos de la hora presente ⁽¹⁾

Giorgio Mortara, eminente profesor de economía política y de estadística de la Universidad de Milán y director de la importante revista "Giornale degli Economisti", ha inaugurado el año académico de la Real Universidad de Milán con una conferencia sobre el tema del epigrafe.

Dado el prestigio del autor, el carácter científico de la disertación y la actualidad de la materia tratada, considero interesante y oportuno ofrecer a los lectores de esta Revista la traducción de dicho trabajo, que el autor ha tenido la deferencia de autorizar.

F. V.

S U M A R I O

- I.— INTRODUCCIÓN. — *Ciencia y realidad económica.*
- II.— LA ECONOMÍA MUNDIAL EN LA VÍSPERA DE LA GRAN GUERRA. -- *Circunstancias que habrán llevado a un ajuste bastante estable. — Bosquejo de los caracteres de este ajuste.*
- III.— LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO PRODUCIDA POR LA GUERRA. — *Periurbaciones de las economías nacionales y de las relaciones económicas internacionales. — Alteraciones de las posiciones económicas comparativas de los varios sujetos económicos.*
- IV.— LA ECONOMÍA POSTBÉLICA. — 1) *El conflicto entre la tendencia al retorno a lo antiguo y las tendencias subversivas o transformadoras. -- Factores operantes para el retorno a lo antiguo. Factores operantes en sentido opuesto. — 2) La inquieta acción de los sujetos económicos en la postguerra. — El hombre. La empresa; coalición de empresas. El Estado. — 3) Algunos aspectos fundamentales de la economía postbética. — La producción. Los cambios comerciales. El ahorro*

(1) Traducido por Francisco Valsecchi, de la revista *Giornale degli Economisti e Rivista di Statistica*, de Milán (Diciembre, 1932).

y el crédito. El consumo. La moneda. Los precios. Curación aparente y tendencia real a una nueva enfermedad.

V.—LA DEPRESIÓN ECONÓMICA DE 1929-32. — *Caracteres con los cuales se presenta.* — *Referencias de su curso.* — *La baja de los precios.* — *Consecuencias de la depresión sobre las economías privadas y nacionales.* — *La desocupación.* — *Repercusiones de la depresión sobre las instituciones de crédito.* — *Repercusiones sobre los balances de los cambios económicos internacionales.* — *Repercusiones sobre las monedas.* — *Particular situación de la U. R. S. S.* — *Régimen soviético y régimen corporativo.*

VI.—LOS REMEDIOS. — *Urgencia de remedios.* — *Necesidad de transformar el presente orden económico.* — *El problema del pronto socorro.* — *Remedios propuestos; su inaplicabilidad, sin una voluntaria colaboración internacional.* — *Ajuste de las deudas a la capacidad de pago de los deudores.* — *Atenuación de los obstáculos que traban los cambios comerciales internacionales.* — *Reorganización monetaria.* — *Reducción de la carga tributaria.* — *Remedios para aplicar en una fase sucesiva.* — *Efectividad de los remedios: necesidad de una operante solidaridad humana.*

* * *

I.—Los fenómenos sociales son tan complejos en su constitución y tan multiformes y variables en sus aspectos que la investigación científica integral de los mismos adquiere por necesidad un carácter preponderantemente histórico. En ellos no se descubren leyes rigurosas ni uniformidades precisas, sino tan sólo analogías de circunstancias y eventos, en lugares y tiempos diversos.

A través de estas analogías la inteligencia humana percibe la permanencia de ciertas relaciones fundamentales entre factores físicos, biológicos y psicológicos: una de las más altas tareas de nuestras ciencias consiste precisamente en discernir tales permanencias en el continuo variar de los hechos. La ciencia económica pura es, respecto a las varias ramas de la ciencia económica aplicada (es decir a la que procura desenredar la inextricable madeja de los fenómenos concretos), más o menos como la física teórica respecto a las varias ramas de la física aplicada; ella investiga, y procura coordinar en vastas síntesis, las leyes de la acción humana, que dominarían con absoluto rigor si existieran condiciones muy simplificadas con respecto a las reales y suponiendo que ellas fueran estables, mientras las condiciones reales están en continua variación.

En períodos de lenta modificación del estado económico, la atención de los estudiosos, y en parte también la del público

profano, es atraída hacia la economía pura por la evidencia de muchas uniformidades; pero en períodos de profundas y rápidas variaciones, la historia de los acontecimientos de ayer, y más aun la crónica comentada de los de hoy, seducen y apasionan a actores y espectadores (si es que se puede hablar de espectadores en un teatro donde todos representamos algún papel).

De este modo la tragedia que vivimos atrae con insistencia nuestros ojos y nuestras mentes, y parece desviarnos de las investigaciones teóricas — tan seductoras por la serena esfera en que se desenvuelven y por el carácter definitivo de los resultados hacia los cuales tienden — induciéndonos en cambio a investigar e interpretar la sucesión de los hechos económicos concretos, vistos en su conjunto y analizados en sus conexiones. Pero aquí toma su revancha la economía pura, porque solamente quien domine los principios y el orden de construcción de su majestuoso edificio — al cual dieron admirables formas también arquitectos italianos — está capacitado para percibir rasgos y enlaces que a otros, aun expertos de la vida económica, pasan inadvertidos, y para comprender en una única visión la inmensa complejidad de las condiciones y de los fenómenos recíprocamente ligados.

No debe parecer, por lo tanto, irreverente a la tradición de los discursos académicos la elección del argumento de esta conferencia. Yo conceptúo — y creo no equivocarme — que las ciencias sociales en general y la ciencia económica en particular, puedan sacar nuevo vigor para nuevas conquistas, solamente del incesante contacto con la realidad.

* * *

II.—Para comprender bien los hechos y los problemas económicos actuales, conviene remontarse a veinte años atrás. Es necesario retroceder tanto para encontrar condiciones menos inestables que las que estamos ya acostumbrados a ver cambiar rápidamente, de día en día y hasta de hora en hora.

El ajuste económico mundial de 1913 era el resultado de un siglo de continua e intensa expansión de las relaciones económicas entre los varios países. Durante este período ningún conflicto entre pueblos había producido perturbaciones en los cambios comerciales internacionales, que pudieran compararse ni siquiera lejanamente con las causadas por las guerras napoleónicas: aun las perturbaciones más graves quedaban casi siempre circunscriptas a ciertas zonas o a los mercados de

ciertos productos. El progreso de la técnica industrial y la colonización de inmensas regiones en los continentes nuevos habían permitido un formidable incremento de la producción; la transformación de los medios de transporte había favorecido la expansión del tráfico; la población del mundo había aumentado con un ritmo nunca visto, debido también a la continua disminución de la mortalidad.

A fines de estos cien años de excepcional progreso, algunas de las grandes potencias económicas ostentaban una organización política más que secular, y aun las que en épocas más recientes habían reunido en un Estado los miembros dispersos de una nación, como Alemania e Italia, se habían también beneficiado con cuarenta años de paz laboriosa: durante este período habían quedado más o menos estables, relativamente, las fronteras y las constituciones de las principales naciones.

* * *

En los primeros años del siglo veinte la economía mundial presentaba algunos caracteres que no está demás recordar.

La técnica productiva, es decir la aplicación de la ciencia a la producción, en el más amplio significado de esta palabra, estaba encaminada hacia un incesante y veloz perfeccionamiento: circunstancia favorable para una rápida multiplicación de los productos de la obra humana.

El incremento natural de las poblaciones era relativamente rápido en los países de civilización occidental, no obstante haberse iniciado el descenso de la natalidad; de Europa salían grandes corrientes emigratorias hacia los continentes nuevos. La población y la valorización de América, de Australia y de algunas partes de Africa se desenvolvían incesantemente, con raras pausas y en rápida progresión.

En los países de civilización occidental, la creciente actividad económica estaba acompañada de un bienestar más difundido y elevado. La acumulación del ahorro había llegado a una importancia desconocida en cualquier otra época, de modo que la tasa del interés se mantenía baja, no obstante el fervor de las nuevas iniciativas, que favorecían las inversiones productivas. La carga de los tributos, comparada con la suma de los réditos privados, resultaba modesta y tolerable, aun en los casos en que el contribuyente se consideraba excesivamente gravado; una buena parte de las deudas públicas no correspondía a gastos bélicos de épocas anteriores, sino a inversiones de capitales requeridas para el adelanto económico de los paí-

ses, y por lo tanto tales deudas encontraban su compensación en el acrecentado poder productivo del patrimonio nacional.

El desarrollo de las relaciones económicas internacionales, producido por la acción de factores económicos, no estaba trabado en medida importante por vínculos y obstáculos de carácter político: la circulación de las mercaderías, de los capitales, del trabajo, si bien no era totalmente libre, se desenvolvía con preponderancia de acuerdo con la acción de las fuerzas económicas, superando con relativa facilidad la mayor parte de las barreras que encontraba. Esta libertad de circulación casi completa tendía a promover una distribución de los medios de la actividad económica de modo bastante conforme a la utilidad colectiva de la humanidad: en particular facilitaba la valorización de los países nuevos y el progreso de los atrasados.

La división del trabajo internacional adquiriría una extensión siempre mayor, no obstante alguna tendencia contraria que se manifestaba aisladamente; y sus aspectos se modificaban con relativa lentitud en el tiempo, dando ocasión a las organizaciones económicas nacionales de adaptarse gradualmente a las variaciones.

La estabilidad del ajuste económico internacional, la libertad de los cambios comerciales y la paz política, se reflejaban en la estabilidad de las monedas, que en casi todos los países de civilización occidental eran de derecho, o por lo menos de hecho, sólidamente fundadas sobre la base áurea.

El nivel medio general de los precios de las mercaderías variaba lentamente; alrededor del mismo fluctuaban — con mayor amplitud de variaciones, por las inevitables vicisitudes de la oferta y de la demanda — los precios de cada mercadería. También los precios de los inmuebles y los precios de los servicios ofrecían una relativa estabilidad. Más inconstantes se manifestaban los precios de los títulos, por la naturaleza misma de estos bienes, que representan en parte realidades presentes y en parte esperanzas futuras sujetas a variar con el mudar de las previsiones.

En el conjunto, tanto en el campo nacional como en el internacional, la medida de los valores económicos funcionaba de manera satisfactoria. Las posiciones económicas comparativas se modificaban sólo lentamente. Los precios tenían a ajustarse espontáneamente a las condiciones variables de la oferta y de la demanda, y a su vez la oferta y la demanda tendían a ajustarse al nivel de los precios, encontrando en estos movimientos roces relativamente leves.

La desocupación entre los trabajadores manuales era escasa en todas partes, aunque presentaba diferencias en el espacio y fluctuaciones en el tiempo.

No era estático el mundo económico de 1913, sin embargo la relativa lentitud de su dinamismo permitía que las transformaciones incesantes se desarrollaran a través del ajuste gradual de los elementos económicos contenidos en ellas.

Aquel mundo no correspondía ciertamente a los más altos ideales de la solidaridad humana: parecía más bien el imperio de los egoísmos individuales. Pero en la relativa libertad de acción dentro de los límites establecidos por las leyes, los convenios y las costumbres, aquellos egoísmos tendían a contenerse y ajustarse recíprocamente, de manera que se había llegado automáticamente a un sistema de convivencia no perfecto, pero tolerable y capaz de mejorarse, como lo había demostrado un siglo de experiencia.

* * *

III.—El estallido de la guerra europea en agosto de 1914 quebró bruscamente el equilibrio económico internacional y perturbó los equilibrios nacionales. Las rupturas de relaciones políticas fueron acompañadas de las rupturas de relaciones comerciales y financieras; las operaciones bélicas de bloqueo dificultaron el intercambio de mercaderías; las insidias submarinas tragaron inmensas provisiones; las devastaciones del suelo y del subsuelo y las destrucciones de medios de transporte, anularon en pocos meses los resultados de la laboriosa obra constructora de muchos años.

En los países beligerantes, la progresiva substracción de personal ejecutivo y directivo redujo considerablemente la actividad económica; y los medios de esta actividad fueron trasladados paulatinamente y siempre en aumento, de las industrias de paz a las de guerra; todos los esfuerzos para el perfeccionamiento técnico fueron dirigidos hacia el progreso de estas industrias, tanto en sus medios y procesos como en los productos, mientras fueron descuidados los ramos de la producción no concernientes o menos concernientes a las necesidades bélicas.

En los países neutrales se verificaron profundas repercusiones del estado de guerra: algunas producciones — encontrando restringidas o cerradas las salidas habituales — decayeron; otras surgieron o prosperaron. El bienestar disminuyó netamente en los países neutrales de Europa, mayormente

expuestos a las repercusiones perjudiciales de las luchas ajenas; diversas alternativas se verificaron en los otros continentes, pero también allí las repercusiones adversas prevalecieron sobre las propicias.

La perturbación de las relaciones económicas internacionales fué vasta y profunda, mucho mayor que la causada por las guerras napoleónicas, sea por la mayor extensión del conflicto, sea por la mayor potencia de los medios usados para hostilizar el tráfico, sea por la más estrecha interdependencia que se había constituido entre los varios países desde 1815 a 1914, lo que había inducido a personas no profanas a prever la absoluta imposibilidad de una gran guerra. Pero la resistencia y la adaptación de los organismos sociales puestos a prueba superan casi siempre los límites que les asigna el cauto diagnóstico de quien los observa en el estado de reposo, así como sucede, por otra parte, con los organismos individuales. No por pocas semanas sino por más de cuatro años, la economía mundial resistió al enorme desbarajuste ocasionado por la guerra, y en parte se adaptó a nuevas y variables condiciones.

Los cambios internacionales de mercaderías manifestaron profundas modificaciones de calidad, de cantidad y de dirección. Muchas corrientes fueron interrumpidas brusca o gradualmente, otras fueron reduciéndose y otras se desviaron; nuevas corrientes nacieron y algunas fueron acrecentándose. Aumentó la necesidad de importaciones en los países beligerantes europeos no bloqueados; disminuyó su capacidad de exportación. El bloqueo de los Imperios Centrales por una parte, y el de Rusia por la otra, paralizaron casi por completo el flujo de numerosas corrientes. En el conjunto las restricciones prevalecieron sobre las expansiones: el comercio internacional disminuyó considerablemente.

Los cambios internacionales de capitales variaron de aspecto de una manera todavía más radical. Reducidas notablemente las corrientes destinadas a inversiones productivas, se ampliaron en cambio hasta proporciones elevadas las corrientes destinadas a permitir la continuación de la guerra: los Imperios Centrales, segregados y expulsados de los grandes mercados del ahorro, suplieron la falta de crédito con el sistemático saqueo de los países ocupados. Una parte importante de los capitales que habían sido invertidos en el extranjero por los poseedores de ahorro europeos pasó a manos de privados o de gobiernos en los países deudors, o a otros países en compensación de las provisiones requeridas para la guerra o para la sub-

sistencia de las poblaciones; otra parte considerable cesó de dar frutos, perdiéndose más tarde definitivamente en las conmociones políticas y en los cataclismos económicos que vinieron después.

Las migraciones internacionales de trabajadores manuales e intelectuales cesaron casi por completo, pues las mayores corrientes emigratorias solían salir precisamente de los países complicados en la guerra, y por lo tanto se agotaron en seguida, mientras durante algún tiempo millones de hombres se trasladaron de las obras de paz en tierra extranjera a las obras de guerra en su patria. La multiplicación de las muertes en los países beligerantes y la progresiva disminución de los nacimientos concurren también a modificar el equilibrio demográfico internacional.

Las restricciones, expansiones y desviaciones de la producción, los obstáculos al intercambio comercial, las radicales modificaciones de los balances de los cambios económicos de cada país con el extranjero, se convirtieron en una serie de profundas alteraciones de la división del trabajo internacional, que sólo en parte fueron transitorias.

Las modificaciones de los balances de los cambios económicos internacionales fueron producidas principalmente por la eliminación o disminución de partidas activas correspondientes a exportaciones de mercaderías, transferencias de los ahorros de emigrados, gastos de viajeros, cobro de fletes marítimos, y al mismo tiempo por la aparición o aumento de partidas pasivas correspondientes a importaciones de mercaderías, manutención de tropas en el extranjero, pago de fletes marítimos. Los países beligerantes hicieron frente a los ingentes saldos pasivos que de este modo se habían producido, enajenando, como ya he dicho, una parte de sus inversiones en el extranjero y contrayendo a su vez deudas con el extranjero. Se manifestó gradualmente un decisivo desplazamiento de los centros de acumulación y erogación del ahorro destinado a inversiones internacionales.

Las deudas internacionales fueron pagadas con transferencia de oro en parte relativamente pequeña, porque las reservas áureas de los gobiernos y de los bancos, por más poderosas que fueran, resultaban minúsculas en comparación de las sumas adeudadas; además casi en todas partes, antes o después, fueron suspendidas las exportaciones del precioso metal. Sin embargo los movimientos de oro que se verificaron

durante el período bélico, de país a país en Europa, y de Europa hacia América especialmente, constituyeron la primera causa de la mala distribución del mismo que hoy lamentamos.

Los propios gobiernos, que habían suspendido las exportaciones de oro para no socavar demasiado las bases de sus sistemas monetarios, frente a la magnitud de las exigencias bélicas y al apremio de las mismas, no pudieron o no supieron resistir la tentación de multiplicar sus medios de pago en el interior; a la multiplicación progresiva y acelerada del papel moneda siguió su desvalorización igualmente progresiva y acelerada, sea con respecto al oro en el cual ya no era convertible, sea también, y mayormente, con respecto a las mercaderías y a los servicios. La desvalorización monetaria, que fué más rápida en los países beligerantes europeos, contribuyó también a empeorar las condiciones de sus balances de pagos internacionales, respecto a otros países menos infieles al oro.

La excepcional modificación de las demandas y de las ofertas comparativas de las diversas mercaderías; los graves riesgos de los transportes en muchas de las vías marítimas, y las desvalorizaciones monetarias, cooperaron a perturbar todo el sistema de los precios y a elevar siempre más su nivel. En cada mercado nacional, los numerosos vínculos impuestos a los precios de algunas mercaderías y de algunos servicios reales o personales, constratando con la libertad de movimiento de otros precios, aumentaron el desorden. La alteración de los niveles comparativos de los precios constituyó un factor principal de los desplazamientos de posiciones económicas comparativas de los individuos, de las empresas y de las naciones, de que está llena la historia del período bélico.

Estos desplazamientos fueron aumentados por las vicisitudes diversas que sufrieron las inversiones inmobiliarias y las mobiliarias, y entre estas últimas, las inversiones en títulos públicos y aquéllas en títulos privados, los empleos a rédito fijo y aquéllos a rédito variable. Tales desplazamientos disimularon sólo en parte, bajo algunos de sus aspectos más visibles y engañosos, el fenómeno característico de este período: el empobrecimiento. Tantas energías eran desviadas de la creación de nuevos medios de bienestar y dirigidas hacia la destrucción de vidas y de bienes, que, no obstante el más intenso esfuerzo productivo, la humanidad se iba empobreciendo de día en día. Y para el equilibrio económico internacional no era indiferente que algunos países se enriqueciesen mientras

otros se empobrecían, y que entre estos últimos fuesen muy diversos los grados y las velocidades del empobrecimiento.

* * *

IV.—Puede decirse sin duda que desde agosto de 1914 hasta noviembre de 1918 no se había constituido un nuevo ajuste de la economía internacional, apto para sustituir el de anteguerra. A las necesidades excepcionales se había hecho frente con medios igualmente excepcionales, y buena parte de la construcción improvisada se derrumbó con la paz. Pero varios fundamentos puestos sólidamente resistieron y algún edificio quedó en pie, siendo causas de perturbaciones no leves en el período postbélico.

Durante los catorce años transcurridos desde el fin de la guerra hasta hoy, en los que fueron los mayores teatros de operación, se manifestó con vicisitudes alternas un contraste vivaz y a veces violento entre dos tendencias. Por una parte, la tendencia al retorno a un ajuste económico internacional análogo (en los límites de lo posible) al de 1913; por la otra parte, la tendencia a ajustes más o menos divergentes de aquél. La primera tendencia tiene una dirección sola; la segunda se divide en muchas direcciones, que corresponden a idealidades políticas o a finalidades económicas diversas y muchas veces inconciliables entre ellas.

A favor del retorno a lo antiguo ha obrado el restablecimiento de las relaciones económicas internacionales en seguida después del armisticio: algunas corrientes del intercambio comercial, que se habían agotado, restringido o desviado en los años precedentes, han encontrado nuevamente las antiguas rutas, mientras se extinguían o se reducían las nuevas corrientes nacidas en aquellos años. La necesidad, que se impuso a muchos países europeos, de aumentar la capacidad de pago en el extranjero, para poder satisfacer ingentes y urgentes necesidades de medios de subsistencia y de instrumentos de restauración económica, y para poder hacer frente a los compromisos tomados por las deudas contraídas, los ha forzado a aumentar sus exportaciones, a favorecer la salida de emigrantes, a promover la afluencia de turistas: y de este modo ha obrado parcialmente en pro del retorno a lo antiguo.

En general se puede decir que en tal dirección han obrado la persistencia de posiciones adquiridas (inversiones fijadas de

capitales, como instalaciones industriales no utilizables para un fin diferente del originario, organización perfeccionada por el prolongado ejercicio, mentes directivas competentes y expertas, etc.), el restablecimiento de costumbres anteriores (consumos prohibidos y restringidos durante el período bélico, etc.) y la acción de todos aquellos elementos económicos que volvieron a encontrar después de la guerra la antigua situación, o que se ilusionaron de encontrarla nuevamente. Esto sucedió también en las economías nacionales, donde las fuerzas conservadoras del régimen anterior habían quedado vigorosas, aunque sacudidas por el huracán.

Fuerzas no menos poderosas han obrado en la dirección opuesta, tendiendo a hacer definitivas las alteraciones del régimen económico prebélico y a promover ulteriores transformaciones. En el campo internacional ha persistido aún después del armisticio una parte de las modificaciones que habían ido manifestándose en el curso de la guerra, sea porque las organizaciones nuevas eran más eficientes que las viejas, sea porque éstas habían sido destruidas, sea por otras causas que veremos más adelante. En la lucha entre los viejos elementos económicos, obstinados en querer mantener o recobrar sus posiciones, y los nuevos, tenaces en defender y ampliar el terreno conquistado, no pocas veces quedaron victoriosos estos últimos.

En los últimos tres lustros, se ha puesto de manifiesto de manera siempre más clara que la división internacional del trabajo ha sido modificada por la guerra de modo no transitorio. Las industrias agrícolas han retrocedido en los países beligerantes europeos, mientras progresaban en los países transoceánicos, y si el retroceso ha sido más tarde compensado, por lo menos en parte, el progreso no ha cesado. Las industrias extractivas han aumentado grandemente su actividad en los continentes diversos del europeo, en el cual la producción minera había disminuído durante el período bélico; y también esta alteración de proporciones sólo en parte ha sido reparada. Las industrias transformadoras, en fin, y alguna de las de transporte, han tenido un gran desarrollo durante y después de la guerra: en los países beligerantes se han extendido las industrias bélicas o las que surgieron de la transformación de las mismas; en los países neutrales, y en los países beligerantes extraeuropeos complicados en el conflicto de modo menos vital, han adquirido una considerable impor-

tancia industrias de toda clase, algunas preexistentes, otras nuevas. Es justo reconocer que este progreso industrial representa en parte el resultado de una evolución que ya se había iniciado antes de 1914; pero es innegable que las particulares condiciones de la economía mundial durante la guerra, mientras han acelerado considerablemente su curso, han disimulado varias de sus repercusiones, las cuales se manifestaron después de manera repentina, y para muchos imprevista, con el restablecimiento de las relaciones económicas internacionales. La rapidez de las transformaciones y las especiales condiciones en las cuales éstas se desarrollaron, han hecho casi imposible muchos reajustes, que en otras circunstancias se habrían producido gradualmente. Las mismas dificultades del intercambio comercial durante la guerra habían aumentado singularmente el incentivo a la exploración geológica, a la búsqueda de sustitutos, a la utilización de recursos hasta entonces descuidados, a la invención y explotación de nuevos procesos productivos, al perfeccionamiento de los antiguos. El uso creciente y siempre más eficaz del combustible líquido, el empleo de la electricidad como fuerza motriz en las industrias, la extracción del nitrógeno de la atmósfera, la fabricación de fibras textiles artificiales, las aplicaciones de los metales livianos, el dominio del automóvil — para citar solamente algunos ejemplos —, debían necesariamente modificar de modo profundo y durable las condiciones preexistentes de la economía mundial.

Un factor potente y tenaz de transformación lo ha constituido y lo constituye el llamado nacionalismo económico, que consiste esencialmente en la tendencia de cada país a desarrollar en sumo grado numerosos ramos de la producción, independientemente de cualquier consideración de utilidad económica comparativa actual, con el fin de hacerse autónomo en la mayor medida posible de provisiones extranjeras. Suscitado en parte por la normal evolución industrial de los países atrasados o menos favorecidos por la naturaleza; defendido por el patriotismo vigilante, que recuerda las tristes experiencias de los años de guerra; reforzado en algunas partes por el deseo de consolidar, mediante concesiones a los intereses de grupos o de clases, la unidad política nacional de los nuevos Estados, o de cimentar la unidad económica de los mismos; fomentado en otras partes por la ambición de reconstituir o restaurar organismos destruidos o mutilados por la guerra; sostenido en todas partes por potentes intereses privados, que han sabido mover hábilmente el fantasma de nuevas pró-

ximas guerras; alimentado por la previsión, muchas veces oportuna y justa, de estos nuevos choques de pueblos, el nacionalismo económico ha dominado soberanamente en el mundo desde 1919 en adelante, construyendo con una mano y destruyendo con la otra; y sólo hoy el enorme cúmulo de las ruinas ocasionadas por su obra comienza a poner algún obstáculo en su camino.

A favor de una modificación permanente del ajuste económico mundial, ha obrado también la alteración de los balances de los cambios internacionales, producida por la variación de las posiciones económicas comparativas de los diversos países, por los pagos de deudas políticas (reparaciones y deudas interaliadas), por la desviación y sobre todo por la restricción de las corrientes migratorias.

En el mismo sentido ha obrado la radical modificación de los niveles comparativos de los precios de las varias mercaderías y de los varios servicios: factor que también contribuyó a la alteración de las posiciones comparativas internacionales.

Un último factor propicio a la modificación, lo constituyó el transformado régimen económico interno de Rusia y la orientación hacia transformaciones menos subversivas pero igualmente importantes, llevadas a cabo en varios países de la Europa continental, especialmente en Italia y en Alemania.

En el campo nacional han obrado en contra del retorno al antiguo ajuste: la mayor intensidad de la lucha de clases en los países empobrecidos; la reacción psicológica de indisciplina y pereza contra la disciplina y actividad impuestas durante el período bélico; y — como consecuencias de ambas — el estallido de tendencias revolucionarias, facilitado por el agotamiento de los hombres dirigentes y de los órganos del Estado, en todas partes, y por el desorden que siguió a la derrota, en los países vencidos, mutilados o desmembrados.

* * *

Los factores psicológicos han tenido indudablemente una gran influencia en la determinación de los aspectos económicos peculiares de la postguerra. Es cierto que a la "oleada de pereza" ha seguido una oleada de nueva actividad, pero no puede negarse que durante este período se han manifestado singularmente desenfrenados los egoísmos de individuos, de grupos y de clases: lo que, quizás, ha sido también una re-

acción contra la subordinación de los intereses particulares a las supremas exigencias nacionales, subordinación que había sido requerida, y en parte obtenida, durante la guerra.

Entre los trabajadores, la justa y humana aspiración al bienestar se ha concretado casi siempre en acciones dirigidas a conquistar o defender réditos, condiciones de trabajo y asistencias sociales, cuya carga resultaba excesiva para las economías de cada empresa o industria, o para la economía nacional. Entre los poseedores de ahorro, el espíritu de lucro, prevaleciendo muchas veces sobre el espíritu de previsión, ha orientado el capital hacia inversiones imprudentes, desviándolo de los empleos oportunos y necesarios.

Entre los empresarios, la avidez de excesivas ganancias ha sofocado todo afecto por la empresa y todo cuidado por su porvenir, induciendo a actos imprudentes y a veces delictuosos. Las organizaciones de clase se han reforzado en este torneo de egoísmos: cada una ha luchado para imponer sus particulares intereses, sin ninguna consideración ni de los intereses opuestos de las clases colaboradoras, ni de la utilidad colectiva. La rigidez de los participantes de la producción en sus posiciones de combate, se ha prolongado por meses y por años, determinando un malestar crónico, que de cuando en cuando ha buscado desahogo en violentas explosiones. Ha sido como una guerra de trincheras: dura, infructuosa, interminable, que ha concluído por causar, con el continuo agotamiento de las fuerzas, enormes pérdidas, y por dejar exhausto tanto al vencedor como al vencido.

Entretanto el aumento de las poblaciones de algunos países, ya demasiado densos de habitantes en relación a los recursos naturales y a los capitales de que disponen, ha aumentado la presión demográfica, es decir, prácticamente la oferta de trabajo: los salarios habrían tenido que disminuir, pero en muchos casos han sido artificialmente sostenidos: y así se ha agravado la plaga de la desocupación. En consecuencia estos países han sufrido y sufren, mientras otros tienen exuberancia de recursos naturales que dejan sin utilizar y de ahorro que atesoran estérilmente. Para defenderse de la competencia de los países de salarios bajos, que resultaba algunas veces más formidable por el transitorio beneficio de la desvalorización de las monedas, los países de salarios altos han elevado siempre más las barreras aduaneras, han restringido continuamente o cerrado por completo la entrada a los inmigrantes, y así, aun aumentando los precios de sus pro-

ductos de exportación, han contribuído a agravar el desequilibrio producido por la restricción de los cambios comerciales y por la perturbación de los balances de pagos internacionales.

* * *

Las empresas que habían salido incólumes del período de la guerra y las surgidas en los primeros años sucesivos — con el favor de la excepcional intensidad de la demanda de bienes y de las desvalorizaciones monetarias en curso, aptas para aumentar temporalmente los provechos de los empresarios — se han beneficiado durante algún tiempo con la aparente prosperidad, y muchas veces han florecido a la sombra de la tutela pública, que el nacionalismo económico hacía más amplia y eficaz. Algunas veces la actividad intensa y creciente, otras veces la confianza en ayudas del Estado, otras veces en fin la previsión errónea de desarrollos futuros, han impulsado a las empresas a extender sus instalaciones, lo que en muchos casos era injustificable aún con el mejor optimismo. La posibilidad de reducir los costos de producción y la esperanza de influir de un modo decisivo sobre los precios de venta, han contribuído a promover coaliciones, asociaciones y fusiones de empresas: mucho ha contribuído a ésto la megalomanía de hombres exaltados por los buenos resultados iniciales, y más aún la avidez de los mismos, pues en semejantes operaciones de concentración de empresas se ofrece casi siempre la oportunidad de obtener enormes ganancias a quien carece de escrúpulos. En los casos de rígida honestidad, que son menos raros de lo que se cree, el conductor de industrias que impulsa la concentración, si bien había sido un buen capitán de su empresa, no siempre ha podido o sabido convertirse en un buen general de la nueva y más grande entidad; por otra parte la magnitud y la variedad de algunas de estas concentraciones industriales, que han brillado por breve tiempo con luz resplandeciente para luego apagarse de golpe, eran tales que quizá ninguna mente humana, aunque napoleónica, habría podido dominarlas. De este modo, sea por falta de cimientos, sea por debilidad de sostenes, sea por fragilidad de muros, se han derrumbado uno tras otro, como castillos de naipes, edificios colosales, en los casos en que los gobiernos no han intervenido a tiempo para poner puntales convenientes, apoyados sobre las pacientes espaldas de los contribuyentes, o cuando las piedras de tales edificios no han sido sacadas una a una de su lugar para reconstruir obras menos soberbias pero más estables.

La sociedad por acciones, forma de organización que se había demostrado apta para favorecer el progreso económico hasta que la gran empresa se había mantenido dentro de dimensiones que hoy nos parecen modestas, ha puesto de manifiesto en la postguerra todos sus defectos, agravados por el retardo de las leyes jurídicas en seguir las variaciones de la constitución y de la función económica. Los intereses de los administradores en la buena marcha de la empresa han sido muchas veces superados por intereses opuestos, aun mayores, de los hombres mismos; la garantía ofrecida por la honestidad individual se ha ido reduciendo con la disminución de la importancia relativa de las participaciones de los administradores en la empresa, con la progresiva desaparición en ésta de todo carácter personal y familiar, con la ampliación del círculo de los accionistas y de los administradores incorporando clases y grupos extraños a las actividades ejercidas por la sociedad, y en fin — es necesario reconocerlo — con la decadencia de la moral corriente entre los hombres de negocios. Pareceré quizás cínico si expreso la duda que la honestidad de un hombre, en el sentido de resistencia a la tentación de ganancias ilícitas, no es un *quantum* inmutable o una constante, sino que — pido prestado otra expresión a los colegas matemáticos — puede representarse mejor como una función decreciente de la cantidad de la ilícita ganancia posible. Si esta duda, nacida de la observación cotidiana de la realidad, es fundada, se explica fácilmente como, con el desarrollo de las empresas, siendo más frecuentes las oportunidades de buenas tajadas, se hayan multiplicado también los casos de golosos que no saben refrenar el apetito.

La elefantiasis de las empresas, y aun más la de las coaliciones de empresas — que en algunos ramos de producción han conseguido someter a su dominio a casi todo el mundo —, ha favorecido la manifestación de desequilibrios en la economía mundial y en las nacionales, no sólo por el contraste entre la rigidez de los ramos controlados y la elasticidad de los no controlados, sino también porque en la mayoría de los casos estas grandes organizaciones acaban por sacrificar tanto la utilidad colectiva como su propio interés a largo plazo, por la defensa del beneficio inmediato: único fin que reúne la conformidad de la masa heterogénea de todos los participantes.

La empresa privada, que en el siglo diez y nueve había obrado con libertad — y de esta libertad, todo calculado, no

había abusado excesivamente — se encontró en la postguerra, por una parte más libre para hacer mal uso de sus medios y por la otra más vinculada con toda clase de lazos, pues, las coaliciones ayudan a la empresa privada sólo a condición de paralizar una parte de su personalidad económica, la organización sindical la sostiene sólo a condición que ella abdique una parte de sus facultades funcionales, y el Estado la apoya sólo a condición de poderla someter a especiales normas y cautelas, no siempre conformes con el interés de la empresa misma. De esta transformación de condiciones nacen miles de obstáculos para el ejercicio de las empresas, que se reflejan en otras tantas perturbaciones del orden económico.

* * *

Me he referido varias veces, casi incidentalmente, a la acción del Estado. Es oportuno examinar ahora con más propiedad algunos aspectos de la misma.

Toda la vida económica ha soportado el peso de la aumentada carga de los tributos: fenómeno absolutamente general en el mundo, aunque la incidencia de la carga misma sobre los réditos privados y la medida de su aumento difieran considerablemente de país a país. Factores ampliamente operantes de este aumento, han sido los gastos derivados directa o indirectamente de la guerra pasada, y en los últimos años, en varios Estados, también los destinados a la preparación de la guerra futura; los gastos para la multiplicación de la burocracia, y los gastos para las intervenciones del Estado en el campo de la economía privada. Es oportuno hacer resaltar que a la aumentada carga tributaria, en general, no corresponde ni lejanamente una amplitud y una eficiencia proporcionalmente mayores de los servicios presentes prestados por el Estado al contribuyente; el cual en consecuencia recibe una penosa impresión, porque debe soportar un costo mayor por un servicio igual (impresión que es justificada sólo en parte, como resulta evidente a quien considere las causas de la mayor carga).

Los tributos pesan sobre la entidad productora (empresa) y sobre la entidad consumidora (familia): ellos restringen las posibilidades, mas no limitan la libertad de acción ni de una ni de otra en el campo económico. Pero otras formas activas de intervención del Estado producen como consecuencia limitaciones paulatinamente más sensibles de esta libertad. Al lado de las normas jurídicas ordinarias, que rigen las

formas, la constitución y el funcionamiento de las empresas, vemos multiplicarse las normas extraordinarias tendientes a contener los abusos mediante la limitación de sus facultades: abundan las determinaciones coactivas de los precios o de sus máximos, y no son raras las restricciones forzosas de la oferta o de la demanda de mercaderías o servicios y las limitaciones del consumo o de la producción, sugeridas por un verdadero o presunto interés nacional. El Estado empieza a intervenir en la actividad de las empresas privadas con el fin de reparar sus errores (salvamentos) o para asegurar su existencia (subvenciones). Puesto que los mismos empresarios invocan su intervención para curar males (lo que muchas veces equivale a cargar sobre la colectividad el costo de los errores, de las culpas o de los delitos de ellos), el Estado se ve impulsado a buscar el medio para prevenir tales males y lo encuentra en el control. Por otra parte, algunas veces la formación de poderosas coaliciones nacionales e internacionales de empresas privadas exige una continua vigilancia por parte de los Estados, de manera que el interés de los consumidores desunidos no sea sacrificado por el de los productores asociados, las empresas disidentes no sean aplastadas por éstos con armas desleales, y el interés nacional no resulte subordinado a los intereses de grupos particulares, a veces extranjeros y a veces olvidadizos de la nacionalidad. En otras oportunidades la intervención del Estado es aconsejada por condiciones que bajo ciertos aspectos son antitéticas a las anteriores, o sea: falta de oportunas coordinaciones, desunión, fuertes contrastes entre las empresas de un ramo de producción; en estos casos, muchas veces es precisamente el Estado el que promueve o impone las coaliciones.

Al mismo tiempo, la creciente potencia de los sindicatos de clase — que con su acción se extralimitan del campo económico al político y amenazan invadirlo, y cuanto más toman firmeza y extensión tanto más sacuden con sus conflictos la estructura social — provoca la intervención del Estado para regular estas representaciones de intereses particulares, las cuales parecen tener razones de vida demasiado profundas para poder ser suprimidas.

Se llega así a las formas más varias de intervención del Estado: coordinación entre las empresas de un determinado ramo de producción en un sistema unitario nacional (hasta aquí ha llegado también la Gran Bretaña liberal y laborista, después que había llegado con más conciencia la Alemania

revolucionaria, ampliando los viejos postulados del socialismo de Estado); limitación de las facultades de los sindicatos en los casos de conflictos de clases, y obligación de aceptar y cumplir las decisiones arbitrales (Alemania también aquí ha precedido a otros países); coordinación entre empresas en cada ramo de producción, pero también coordinación entre los diversos ramos y al mismo tiempo reglamentación de las relaciones entre los participantes en la producción: forma, esta última, más completa no solamente de intervención del Estado sino también de organización social, hacia la cual Italia se ha adelantado con el régimen corporativo. Más adelante todavía, del otro lado de un abismo, encontramos el régimen soviético, que suprime la propiedad privada de las riquezas naturales y de los capitales y la substituye por la propiedad pública, que mata la empresa privada y la subroga por la empresa pública o semipública, que ahoga toda libertad económica individual, de modo que decenas de millones de hombres se nos aparecen más bien como títeres defectuosamente obedientes a hilos movidos de una manera discorde, y no como ejecutores conscientes e inteligentes de las directivas coordinadas de un centro único.

La coexistencia de formas y de grados tan profundamente diversos de intervención del Estado en la vida económica — que es el resultado en algunas partes de verdadera y propia revolución, en otras de evolución tan rápida que determina efectos revolucionarios, en otras en fin de relativa inercia — crea nuevos problemas de convivencia y de coordinación económica internacional, que no pueden encontrar en la experiencia del pasado indicación de soluciones, y acarrea dificultades en el movimiento del viejo mecanismo, mientras el nuevo no está todavía construido y ni aun trazado. Otras dificultades no menos preocupantes son causadas por el desarrollo de las formas de intervención ya usadas: es evidente que un derecho aduanero del 10 % sobre el valor de una mercadería y uno del 200 %, pertenecen al mismo tipo de providencia, sin embargo la diferencia cuantitativa hace que los efectos del segundo sean radicalmente diversos de los del primero. Ahora bien, en la postguerra vemos multiplicarse — a pesar de los votos de las asambleas internacionales de estadistas, sabios y hombres de negocios — todas las formas de tutela de las empresas privadas por parte de los estados. A la multiforme cantidad de derechos aduaneros manifiestos o encubiertos, se suman prohibiciones, limitaciones, monopolios de importación

o de exportación, primas de exportación, cuotas de consumos industriales o personales, primas de producción, contribuciones del Estado al capital o al rédito de las empresas, subvenciones para la instalación o explotación de empresas, concesiones de crédito directas o indirectas a condiciones de favor, reducciones de impuestos y tasas y hasta exenciones, ayudas varias por parte de dependencias del Estado o reparticiones autónomas a veces creadas expresamente, y otras formas muy variadas de ayuda, las cuales tienen todas el fin común de mantener en vida o en salud, más o menos artificialmente, empresas que de otra manera perecerían o languidecerían. Estas intervenciones del Estado perturban, y a veces modifican por completo, los resultados que se habrían obtenido en un régimen de libre competencia internacional, y por la misma dificultad de poder prever su actuación, su medida y sus límites, acaban de hacer ardua toda previsión en el campo económico; también porque cualquier forma de protección a una empresa o a un ramo de la actividad económica viene a gravar, por medio de los tributos u otros elementos del costo de producción, sobre las otras empresas y sobre los otros ramos de actividad. Mientras tanto la creciente amplitud de la asistencia social y la misma multiplicación de las dependencias del Estado y de sus reparticiones autónomas tendientes a la coordinación económica, imponen sobre los costos de producción nuevos gravámenes no indiferentes, que podemos llamar cuasi-tributarios si no queremos tener el valor, que se requiere, para llamarlos francamente tributarios. Por muchas vías y de muchos modos, todas las formas de intervención del Estado obran sobre los precios de las mercaderías y de los servicios, perturbando los niveles que de otro modo se habrían obtenido: ellas abren de esta manera nuevas grietas al tapar las antiguas.

Los móviles de esta intervención del Estado son de diferente naturaleza, y aunque se traslucen de lo expuesto, sin embargo creo útil ponerlos de relieve. Algunos son móviles de justicia social, como los que persiguen una distribución más equitativa del producto de la actividad nacional por la supresión de las clases o de las desigualdades sociales, o por la conciliación de los intereses de clase y por la atenuación de las inevitables desigualdades, o más modestamente por la repartición entre muchos de las pérdidas que habrían gravado sobre pocos (raras veces de las ganancias que habrían beneficiado a pocas personas). Otros móviles son

los de eficiencia técnica, como aquéllos que tienden a aumentar los productos o a disminuir los costos, gracias a la coordinación entre las empresas en cada ramo de producción, o — con acción más limitada — mediante la eliminación de desperdicios de las riquezas naturales, del trabajo y del capital. Otros móviles, en fin, son los de eficiencia económica nacional, como aquéllos que tienden a aumentar el rédito neto colectivo, o simplemente a aumentar determinadas producciones, mediante la coordinación entre varios ramos de actividad, o la organización unitaria de la economía nacional, o — en relación a fines particulares — el fomento de determinadas actividades.

Sobre todo los que he llamado móviles de eficiencia nacional llevan el sello del nacionalismo económico imperante. Y muchas veces quien examine, desde el punto de vista del interés nacional considerado aisladamente, las providencias protectoras y reguladoras de la actividad económica tomadas por cada Estado, debe dar la razón a los gobiernos, porque la inestabilidad del orden político internacional les ha impuesto prudencia y previsión.

En efecto, vemos perdurar en Europa un difundido descontento por las nuevas fronteras o por la distribución de las colonias; exacerbarse la hostilidad entre Francia y Alemania, entre los nuevos Estados creados en la Europa central y los viejos Estados mutilados despiadadamente; dominar amenazante y sin solución el problema de las relaciones entre los países capitalistas y la Unión Socialista; afirmarse siempre más clara, y a veces violenta, la voluntad de independencia de los Estados subordinados y la voluntad de autonomía de los países coloniales; perpetuarse el caótico desorden en el Extremo Oriente; vacilar el orden en la América del Sud.

No me detengo en las consecuencias de esta situación: solamente hago notar la especial importancia de los reflejos económicos de la revolución rusa. Segregada del Occidente durante la guerra y empobrecida por las repercusiones de ésta, reducida a la extrema miseria y al hambre por la revolución y por las contrarrevoluciones intentadas, Rusia ha visto durante un decenio anularse casi por completo sus relaciones económicas con el resto del mundo; y si ella como consecuencia ha sufrido graves privaciones, ciertamente los otros países no han obtenido beneficios. Con la gradual restauración económica llevada a cabo por el gobierno soviético, se han restablecido sus cambios comerciales internacionales, tendiendo a ampliarse por las ingentes necesidades determinadas

por la realización del plan quinquenal de reconstrucción, de coordinación orgánica y de expansión de la economía del país. Y así aparecieron en los mercados extranjeros los productos soviéticos a precios más bajos que los de los productos de otros países competidores, porque el gobierno bolchevique no tiene otro camino que la exportación para procurarse los medios de pago necesarios para comprar las máquinas y retribuir a los técnicos extranjeros, instrumentos indispensables para la transformación de su economía nacional. De tal modo se originaron otras perturbaciones del intercambio, provocando defensas y represalias de los países perjudicados y obstáculos al comercio.

También la inestabilidad del orden interno de varios países, debida a los agravados contrastes de clases, a la aumentada propaganda comunista favorecida por la desocupación, al choque de ideales opuestos de sistemas políticos y de regímenes sociales, a la contienda violenta de partes a veces degenerante en guerra civil, ha obligado en muchos casos a los gobiernos a dictar providencias de protección dirigidas a conformar o por lo menos a apaciguar momentáneamente las clases, partidos o grupos particulares.

* * *

Las condiciones que he bosquejado han cooperado a determinar en la economía mundial un giro que estaba destinado inevitablemente a concluir en una catástrofe, como se nos manifestará mejor continuando el estudio de los aspectos y de las tendencias de la economía internacional en la postguerra.

Examinando la producción, vemos en muchos ramos la evidente tendencia a un desarrollo excesivo, sea de la capacidad productiva (como en numerosas industrias extractivas y transformadoras), sea de la producción misma (como en varias industrias agrícolas especialmente, y también en algunas extractivas y en algunas transformadoras). Desarrollo excesivo: a veces con respecto a la capacidad normal de consumo de los mercados, otras veces con respecto también al máximo desarrollo del consumo que razonablemente se puede prever para un plazo no remoto.

El aumento de la producción o de la capacidad de producción ha sido originado por varios factores, entre los cuales sobresalen los errores de previsión de los empresarios, que han creído pudiera mantenerse o aumentarse indefinidamente el nivel de la demanda de mercaderías y de servicios,

determinado por las necesidades excepcionales del período bélico y de los primeros años de la postguerra (y aquí operan la falta de desarme y el mayor desarrollo de las industrias agrícolas, extractivas o transformadoras, creadas o agigantadas, para hacer frente a tales necesidades), o bien que han esperado pudiera persistir indefinidamente la progresión geométrica inicial de la venta de los productos de industrias nuevas. Estos errores de previsión han sido compartidos por los poseedores de ahorro y por los banqueros; ambos en su calidad de creadores y distribuidores del crédito han ayudado a las empresas a realizar ampliaciones de instalaciones y de producción, que debían más tarde resultar inoportunas. Sobre los banqueros pesa la responsabilidad de haber, en muchos casos, invertido a largo plazo una parte considerable del ahorro confiado a ellos con facultad de retiro a la vista o a breve plazo: efectivamente, los banqueros muchas veces han tenido la ilusión de realizar inversiones a corto plazo y solamente circunstancias imprevistas, aunque no siempre de imposible previsión, han frustrado sus cálculos. En cuanto a la responsabilidad de los banqueros por exceso de inversiones en algunas industrias, no hay que olvidar que en los períodos de expansión económica el entusiasmo es siempre contagioso, y los pocos que — conservando la facultad de juzgar serenamente — se atreven a resistir a la seducción de un porvenir demasiado bello para que pueda realizarse, son tachados de inhabilidad, de cobardía, de derrotismo. La exaltación del patriotismo en la postguerra ha hecho de esta última acusación una arma peligrosa en manos desleales.

Los gobiernos mismos han alentado muchas veces inversiones reputadas inútiles o perjudiciales bajo el punto de vista de la economía mundial, sea porque se manifestaban necesarias u oportunas bajo el punto de vista de la política nacional considerada bajo ciertos aspectos particulares, sea porque parecían satisfacer el interés de grupos políticamente dominantes, sea en fin porque también los gobiernos compartían los errores de previsión económica de los empresarios y de los banqueros (lo que no debe extrañar, por cuanto los estadistas son hombres ellos también, es decir falibles; por otra parte sólo hoy vemos con claridad aquellos errores, pero raramente los habíamos juzgado como tales ayer.

Otro factor decisivo del aumento de la producción virtual o real ha consistido en el progreso técnico. La sustitución progresiva del trabajo humano por el trabajo mecánico, el

perfeccionamiento de las máquinas, la mejor utilización de materias y energías, el empleo de nuevos medios de producción — nuevas materias, nuevas energías, nuevas máquinas, nuevos métodos — han llevado en pocos años a un desarrollo casi milagroso de la capacidad de producción de las industrias. Por otra parte el perfeccionamiento técnico mismo ha reducido en muchos casos la cantidad de materia o de energía necesaria para conseguir un determinado resultado, haciendo disminuir, tendencialmente, la demanda, mientras hacía aumentar, por lo menos virtualmente, la oferta. La mina de carbón equipada con máquinas modernas puede extraer un tonelaje doble del que producía diez años atrás; pero la central eléctrica pide a la mina de hulla la mitad de la cantidad de carbón que necesitaba entonces para producir la misma cantidad de energía; y el consumidor pide a la central eléctrica una cantidad de energía dos veces menor para obtener la misma intensidad de iluminación. He aquí un ejemplo simple pero elocuente del enlace y del contraste entre las varias consecuencias del progreso técnico.

Sea por la potente acción de los factores favorables, sea por la inercia (en el significado físico de la palabra) que domina todos los movimientos de las colectividades humanas, sea por la dificultad de acuerdos nacionales e internacionales, ha resultado muchas veces imposible refrenar la exuberancia de la producción, especialmente en el campo agrícola, donde las coaliciones y los vínculos encuentran obstáculos en el inmenso número de las empresas, en la ignorancia e individualismo del pequeño propietario y en la complejidad de los mecanismos (siempre sujetos a ser eludidos por los caprichos de la naturaleza) que deberían ser ideados y aplicados para obtener eficaces restricciones de las cosechas. Pero también en las industrias transformadoras toda acción, para conseguir el intento, tendría que ser extendida a todo el mercado mundial: lo que resulta imposible cuando por de pronto faltan las organizaciones unitarias nacionales.

Hay que notar que en un mundo libre de todo obstáculo a la circulación de los hombres, de los capitales y de las mercaderías, los excesos de producción de los varios ramos de la actividad económica se habrían compensado recíprocamente, por lo menos en parte, convirtiéndose — a través de las interdependencias de los precios, de la demanda y de la oferta — en un aumento del intercambio y del consumo y en un progreso del bienestar. Pero el mundo real de la postguerra

es muy diferente de este mundo hipotético: las tendencias compensadoras han encontrado en todas partes obstáculos formidables en las barreras siempre más altas levantadas entre país y país.

* * *

Los cambios internacionales de mercaderías han sido obstaculizados: por la protección aduanera, que pasó de un aspecto fisiológico a un aspecto patológico, y por otras providencias, que ya he recordado, en favor de la producción nacional; por las prohibiciones y restricciones de la inmigración en algunos países capaces aún de un amplísimo y ventajoso incremento demográfico; por las limitaciones a las exportaciones de capitales; por la acción perturbadora de las deudas políticas. Los Estados preponderantemente acreedores, en lugar de facilitar, con la libre entrada de los emigrantes y de los productos de los países deudores, el pago de los intereses y amortizaciones adeudados, han dificultado el acceso de los hombres y de las mercaderías, determinando así paulatinamente una situación anormal, a causa de la cual los deudores han tenido o tendrán forzosamente que suspender los pagos. Insaciables como el mítico Ciro, los Estados acreedores han juntado oro y más oro, privando a algunos países del fundamento necesario para la estabilidad de sus monedas, y contribuyendo a agotar más rápidamente la capacidad de pago de otros países. Si tuviera que indicar entre todos los Estados cual es el más responsable de las actuales dificultades, señalaría sin vacilación a la república norteamericana, ejemplo típico del egoísmo mercantil, mezquino y ciego, que se ha manifestado en toda su política económica internacional desde 1919 en adelante. Pero ningún otro país está exento de responsabilidad: en mayor o menor grado son todos culpables: también los países deudores con la política proteccionista han cortado muchas veces las alas a sus propias industrias exportadoras no protegidas ni susceptible de protección, y han provocado represalias no inmerecidas. En el primer decenio post-bélico, la guerra aduanera se ha desenvuelto casi sin tregua, y fué intensificándose aún antes que la actual depresión la llevara a un punto tal de aspereza y amplitud que no hay ejemplo en la historia.

Los cambios internos en la postguerra se han caracterizado por la excesiva multiplicación de los intermediarios y por el exagerado aumento del costo de la función interme-

diaria: consecuencias éstas, no del todo borradas, del período de inflación monetaria y de precios crecientes. La feroz competencia entre los intermediarios del crédito — que se multiplicaron también ellos favorecidos por la facilidad de las ganancias en operaciones de especulación — ha producido una excesiva amplitud de crédito al comercio, y en particular a los mayoristas, los cuales a su vez han dado amplio crédito a los minoristas. Los consumidores, en fin, han sido alentados a efectuar compras imprudentes o prematuras, mediante generosas dilaciones de pago y ventas a plazo y por cuotas: sistemas óptimos para dar al productor la ilusión de una posibilidad de venta y al consumidor la ilusión de una posibilidad de compra, mayores que las reales.

* * *

Los caracteres del ahorro y del crédito en la postguerra son muy complejos, y en la multiplicidad de condiciones de los varios países y de las diversas clases sociales, resulta difícil reconocer los rasgos comunes. Donde se verificaron desvalorizaciones monetarias, los poseedores de ahorro representado por moneda o por créditos de sumas fijas de moneda (depósitos de ahorro, títulos del Estado, obligaciones emitidas por empresas privadas, préstamos hipotecarios y quirografarios, etc.) fueron completa o parcialmente despojados de sus haberes: el Estado, máximo deudor, disimuló con la desvalorización de la moneda su situación de quiebra y benefició a los deudores menores. Sin embargo también en estos países, la obstinada persistencia del espíritu de previsión y la esperanza de una alta remuneración han restablecido e intensificado la acumulación del ahorro, casi como una reparación de las pérdidas sufridas. Por otra parte, en los países que han salvado y restaurado sus monedas, esta misma acción ha alentado el ahorro; en alguno de estos países el aumento de los réditos ha permitido una mayor acumulación, en otros la remuneración más alta ofrecida por los empréstitos ha estimulado el espíritu de lucro, que también constituye un factor importante del ahorro.

Se ha manifestado frecuentemente y en muchas partes, en la postguerra, una cierta aversión del capital hacia las inversiones a largo plazo: lo que se explica fácilmente si se consideran las numerosas razones de incertidumbre o de desconfianza en el porvenir económico o en el porvenir político, que han difundido en toda la actividad de estos años la sensa-

ción de una situación precaria. No es extraño que tal aversión se haya manifestado especialmente en la Europa continental, sea por la mayor inestabilidad de sus condiciones, sea — respecto a los empleos en el extranjero — por las dolorosas experiencias de las inversiones prebélicas. He mencionado ya que mucha parte del ahorro que debía ser invertido a corto plazo, resultó en realidad empleado a largo plazo, a pesar de los propietarios. Además, las inversiones directas de capital por parte de las empresas, las contribuciones del Estado y los créditos basados sobre la multiplicación de símbolos de papel de una riqueza inexistente, han cooperado a hacer posible un exceso de inversiones a largo plazo precisamente en un período en que se lamentaba continuamente la escasez de ahorro dispuesto a semejantes inversiones.

Ha quedado, sin embargo, después de cubrir la necesidad normal, una ingente cantidad de ahorro dispuesta a emplearse solamente a breve plazo, que ha fluctuado de país a país según la atracción de los tipos de interés y algunas veces de acuerdo con las sugerencias de los bancos de emisión no ajenos a consideraciones de interés político nacional: cantidad capaz de perturbar fatalmente con sus flujos y reflujos precipitados la normalidad de las relaciones económicas internacionales, de favorecer movimientos de malsana especulación y de sacudir las organizaciones monetarias.

La inestabilidad de las condiciones políticas y económicas ha concurrido a mantener alta la tasa corriente del interés; a ésto ha concurrido también la intensa demanda de ahorro por parte de Estados dispuestos a aumentar imprudentemente sus deudas; y ha concurrido, en fin, el aumento del costo de la función intermediaria de los bancos.

La alta tasa del interés ha constituido un aliciente desgraciadamente eficaz para el exceso y el abuso del crédito, favorecidos por otra parte en muchos países por malas prácticas en el manejo de las empresas, surgidas en la época de la progresiva inflación monetaria. Eliminada ésta, ha quedado, y a veces se ha agravado, la inflación del crédito. En la imprudente y ciega distribución del crédito han rivalizado instituciones privadas y entidades públicas: un mayor control del Estado habría quizás extendido, más bien que restringido, los abusos.

*

* *

Examinando ahora otro aspecto de la vida económica, el consumo, vemos que después de la guerra el retorno gra-

dual a condiciones menos anormales, el esfuerzo de las clases no pudientes para mejorar sus situaciones, la costumbre de una vida lujosa tomada fácilmente por los nuevos ricos, han cooperado en un primer momento a aumentar los consumos. Pero de grado en grado la carga excesiva de algunos elementos de los costos de producción (salarios, intereses, tributos, etc.) y las dificultades impuestas a las exportaciones de los productos, que se han convertido en disminuciones de la venta y en rebajas de los precios de venta, han ahogado a las empresas; lo que, ocasionando desocupación y reducciones de réditos, ha acabado por provocar una nueva restricción de los consumos. (Aquí conviene recordar nuevamente que una expansión excesiva de algunos de éstos había sido promovida por particulares formas de créditos).

*
* *

Los problemas económicos más discutidos en los últimos veinte años han sido los de la moneda, porque la economía monetaria ha presentado aspectos y fenómenos en parte nuevos, en parte ya conocidos, pero nunca con tal amplitud y con tanta multiplicidad de experiencias. Los primeros años postbélicos han visto perecer las monedas de algunos países y desvalorizarse considerablemente las de los otros, por la inevitable consecuencia de la ampliación de la circulación de papel moneda, derivada de la incapacidad de los gobiernos de imponer, y de los pueblos de imponerse, sacrificios manifiestos en cambio de disimulados. Las alteraciones incesantes y profundas de las equivalencias entre las varias monedas corrientes han sido, en estos años, factores de modificaciones continuas e imprevisibles de las posiciones comparativas de los diferentes países en la economía internacional, mientras las vicisitudes de las varias monedas han ejercido influencias decisivas sobre todos los aspectos de las respectivas economías nacionales.

Ha tenido que transcurrir más de un quinquenio desde el armisticio para que se viera el principio de una obra de restauración monetaria: activada durante el quinquenio de 1924-28 — con acciones de colaboración internacional que suscitaron las mayores esperanzas para el futuro, luego defraudadas — esta obra puso nuevamente las monedas de casi todos los países de civilización occidental sobre la base áurea,

de la cual habían sido derribadas por las tormentas del decenio de 1914-23.

Aunque no se había restablecido todavía el verdadero régimen del cambio de los billetes en moneda áurea, se había llegado sin embargo a adoptar sistemas que parecían anunciar el retorno al mismo o la institución de un nuevo régimen definitivo: el del cambio en lingotes de oro. Pero a este resultado se había llegado a través de opuestos movimientos de desvalorización y valorización de las monedas, de inflación y desinflación de la circulación y del crédito, de expansión y restricción de la afluencia de créditos extranjeros: lo que ha sido causa de nuevas perturbaciones, muchas veces profundas, en la vida económica, y de nuevas alteraciones, casi siempre decisivas, en las posiciones económicas comparativas de las empresas y de las naciones.

Pero la nueva organización monetaria estaba fundada sobre un régimen económico nacional e internacional todavía sumamente inestable; y era por ésto precario. Hoy es fácil sentenciar que fué un error de las instituciones internacionales y de los gobiernos, el de hacer preceder el ajuste del medio intermediario de los cambios económicos al ajuste de los cambios mismos, internacionales e internos; sin embargo es justo reconocer que toda tentativa dirigida hacia este último fin encontró obstáculos insuperables por las divergencias de los intereses nacionales inmediatos, mientras los esfuerzos para la reorganización monetaria pudieron tener efecto gracias a la frecuente coincidencia de los intereses nacionales con la utilidad colectiva internacional. Además la estabilidad monetaria pareció, y no sin razón, constituir una presuposición del ajuste de los cambios económicos. Pero las cosas están aquí más o menos como, en otro campo, el desarme y la paz. El desarme es eliminación de medios de lucha política, como la estabilidad monetaria es eliminación de medios de lucha económica; mas, no basta el desarme para eliminar las razones de la guerra, como no es suficiente la estabilidad monetaria para eliminar las causas de los contrastes económicos. Por ésto, y lo veremos mejor más adelante, la tentativa en parte ha fracasado.

* * *

Además de las perturbaciones trastornadoras producidas por el manejo de las monedas, los precios de las cosas

y de los servicios han sufrido en la postguerra otras influencias, capaces de agravar mayormente algunos de los desequilibrios que la guerra había traído y que la paz no había borrado. Las alternativas violentas de movimientos opuestos de la demanda o de la oferta de mercaderías, junto a las alternativas de previsiones, producidas a su vez por el dominio de lo imprevisto, se han convertido en fluctuaciones violentas de los precios, a través de las cuales se ha manifestado con dificultad la tendencia a un nuevo ajuste. Es cierto que, superado el desorden del primer período de la postguerra, con el progreso de la restauración monetaria, se han restringido enormemente las oscilaciones del nivel medio de los precios de las mercaderías al por mayor, y este nivel ha parecido consolidarse en un nuevo equilibrio bastante estable; sin embargo es también cierto que no se ha conseguido nunca desde 1919 en adelante un ajuste satisfactorio, entre los precios al por mayor de los varios países (y especialmente entre los precios de los países a base monetaria oro y aquéllos de los países a base monetaria plata), entre los precios al por mayor y los precios al por menor, entre los precios de las materias primas y aquéllos de los productos manufacturados, entre los precios de los productos de las industrias agrícolas y aquéllos de los productos de las industrias transformadoras, entre los precios de las mercaderías y aquéllos de los servicios que entran en parte preponderante en el costo de producción (salarios, intereses, tributos, etc.). Sería temerario pretender enumerar aquí las muchas causas de estos desequilibrios entre diversas categorías de precios: las cuales sin embargo son en gran parte las mismas causas del desorden económico mundial que ya conocemos (preponderancia de los intereses de ciertas clases sociales y de ciertos grupos sobre los de otros, por la contraposición de la potencia y organización de los unos a la debilidad y desorganización de los otros; diferente posibilidad de reglamentación en los diversos ramos de la actividad económica, también por el diferente grado de influencia de las condiciones naturales no regulables ni previsibles; desconfianza dominante en algunos o sobre algunos países y consiguiente alto nivel del interés; exagerada multiplicación de los intermediarios de los cambios económicos, etc.). Es suficiente hacer constar que los desequilibrios entre las varias categorías de precios han persistido y a veces se han agravado también en el cuatrienio de 1926-29, que se nos presenta hoy como un período económico relativamente

normal, con respecto a la gran anomalía de los años precedentes y de los sucesivos.

* * *

En este cuatrienio, la restauración de los sistemas monetarios y en parte de los créditos, el saneamiento de los presupuestos públicos, la reorganización técnica y administrativa de muchas empresas privadas, el amplio restablecimiento de acuerdos comerciales internacionales y de intercambio de capitales, nos habían dado la ilusión que el mundo económico, ya convaleciente después de doce años de terrible enfermedad, se hubiese encaminado hacia una nueva lozanía. Pero desgraciadamente, las señales incontestables de la potencia sanativa de la naturaleza y de los esfuerzos de los hombres de buena voluntad disimulaban los síntomas del mal que ocultaba aquel cuerpo aparentemente vigoroso. Egoísmos nacionales, egoísmos de clases, egoísmos de grupos y de individuos trabajaban seriamente para conducirnos otra vez al desorden. Las tentativas de retorno al ajuste prebélico habían fracasado, en su mayor parte, por la acción de fuerzas adversas; pero estas fuerzas, contrastando entre ellas y obrando de modo que no admitían una única resultante, eran incapaces de determinar un nuevo ajuste uniforme y durable, mientras socavaban incesantemente los ajustes provisorios ya alcanzados.

Efectivamente, hacia fines de octubre de 1929, las cotizaciones de las acciones en la bolsa de títulos de Nueva York se han venido abajo improvisamente, desde las altas cumbres sobre las cuales habían sido remontadas por un largo período de locura especuladora: forma ésta de psicosis colectiva no desconocida en otras épocas, pero que ha alcanzado en la postguerra una extensión y una intensidad de manifestaciones nunca vistas antes: quizás porque el espectáculo de los rápidos y grandes desplazamientos en el dominio de la riqueza, característicos de este período, ha alterado — si no destruido — en muchos hombres el sentido moral y el sentido común. El episodio norteamericano no ha sido *la causa* de la depresión económica mundial, que luego por tres años consecutivos ha ido continuamente agravándose: ha sido solamente *la señal* más evidente de una ruptura del equilibrio económico internacional y de los ajustes nacionales, ya anunciada por otros indicios.

(Continuará)

